

Los últimos días de
MUSSOLINI



PIERRE MILZA

Los últimos días de **MUSSOLINI**

Traducción de
Silvia Kot



Milza, Pierre

Los últimos días de Mussolini. - 1a ed. - Buenos Aires : El Ateneo, 2013.
304 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot

ISBN 978-950-02-0717-1

1. Historia Universal. I. Kot, Silvia, trad. II. Título
CDD 909

Los últimos días de Mussolini

Pierre Milza

Traductora: Silvia Kot

Título original: Les derniers jours de Mussolini
de Pierre Milza

World copyright © LIBRAIRIE ARTHÈME FAYARD, 2010

Diseño de interiores: María Isabel Barutti

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© 2013, Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: septiembre de 2013

ISBN 978-950-02-0717-1

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en septiembre de 2013.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos, sin el permiso del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
PRÓLOGO	15
I. ¡ADIÓS, MILÁN!	27
II. COMO: PRIMERA ETAPA	57
III. CAMINO A MENAGGIO.....	71
IV. EL ARRESTO DE MUSSOLINI.....	83
V. APUESTAS Y MANIPULACIONES	101
VI. INTERROGATORIOS	115
VII. REENCUENTRO	135
VIII. LA MISIÓN DEL CORONEL VALERIO.....	151
IX. ÚLTIMA NOCHE, ÚLTIMA MAÑANA	165
X. LA EJECUCIÓN.....	173
XI. <i>POST MORTEM</i>	191
XII. CONTROVERSIAS Y AJUSTES DE CUENTAS.....	211
XIII. EN BUSCA DEL “TESORO DE DONGO”	241
XIV. LA PISTA DE LOS SERVICIOS SECRETOS.....	259
CONCLUSIÓN	285
QUIÉN ES QUIÉN	291
BIBLIOGRAFÍA.....	299

INTRODUCCIÓN

Mussolini murió dos veces. La primera vez, el 25 de julio de 1943, cuando dejó de ser el “guía” todopoderoso de la Italia fascista. La segunda, el 28 de abril de 1945, cuando cayó bajo las balas de los partisanos italianos, quienes ejecutaron la “sentencia” pronunciada por los dirigentes del movimiento insurreccional milanés. El objetivo principal de este libro es describir los pocos días que precedieron a la ejecución del Duce, de su compañera Clara Petacci y de unos quince jerarcas de la República de Saló. Pero las ráfagas y los disparos de armas automáticas que marcaron los últimos segundos de la vida de Mussolini y de Claretta no fueron más que el colofón de una tragedia que involucró al pueblo italiano en su conjunto y que se llamó “guerra civil”. Una tragedia que prosiguió, tras la muerte de los dos personajes principales, con la macabra exposición de sus cadáveres en la plaza Loreto de Milán y cuyo primer acto había sido, unos veinte meses antes, la orden de Hitler a su “mejor amigo” de recuperar el mando del Estado italiano fascista, ya que el jefe de ese Estado aliado de Alemania había prometido en 1937, en Berlín, acompañar al *Führer* “hasta el final” (“*fino in fondo*”).

Cuando murió Mussolini, a Hitler sólo le quedaban cuarenta y ocho horas de vida, amurallado en su búnker berlinés, donde reinaba como un monarca demente desde hacía diez días, rodeado por una

corte de muertos vivos. Un historiador del fascismo –y no solo del fascismo italiano– podría sentir la tentación de inspirarse en el excelente libro del historiador alemán Joachim Fest *El hundimiento: Hitler y el final del Tercer Reich*, y seguir paso a paso, hora tras hora, el último viaje del dictador por la orilla del lago de Como, que, en la época en que se sitúa nuestro relato, se había convertido en escenario de una lucha sin cuartel entre las milicias de las camisas negras de Alessandro Pavolini y los militantes comunistas que componían la parte esencial de las Brigadas Garibaldi. La trampa habría consistido en contar una historia que no sucedió, atribuirle a Mussolini discursos que no pronunció, gestos que ni siquiera esbozó, sentimientos no revelados por ninguna señal.

Mi propósito no es añadir versiones más o menos extravagantes a las que ya han propuesto otros libros sin más resultado que volver aún más indescifrable la “novela policial” que representan las últimas horas del dirigente fascista. Más que una respuesta definitiva a todas las dudas planteadas por la ejecución del Duce, el lector encontrará en esta obra las principales piezas de la trama. Así podrá elegir, tal como yo mismo intenté hacerlo, las que le parezcan más verosímiles.

El misterio sigue siendo opaco, sobre todo, porque se juegan algunos intereses que aún siguen siendo muy poderosos. En efecto, la muerte de Mussolini se inscribe en un contexto que no se limita al de la guerra entre los Aliados de Occidente y los restos de la coalición hitleriana. También constituyó un conflicto entre los dirigentes occidentales y los soviéticos, incluso entre británicos y norteamericanos.

Enfrentó –o desgarró– aún más a los italianos entre sí: fascistas contra antifascistas, comunistas en posición dominante, pero que competían con los demás representantes de la Resistencia. Los comunistas también estaban divididos: de un lado, los que obedecían las consignas de Palmiro Togliatti, y por lo tanto de Stalin, que predicaban la moderación y la

conciliación con la monarquía, y del otro, los que seguían a Luigi Longo y sus adherentes, que llamaban a la revolución inmediata.

Con el correr de los años y las décadas, cambió la relación de fuerzas entre esos distintos actores. La guerra mundial finalizó inmediatamente después de los hechos de Mezzegra y de Dongo, dando luego inicio a la Guerra Fría. Esta terminó a su vez, al mismo tiempo que desaparecía la URSS y se eclipsaba el comunismo, al menos en Occidente. Hoy perdura, y no es poco, la clásica oposición entre derecha e izquierda, la guerra civil verbal que, sobre todo en Italia, cuna del fascismo, enfrenta todavía a los que siguen apoyando en forma incondicional los “valores de la Resistencia” y el pacto fundador de la democracia italiana, y a los que abogan por el reconocimiento de los “valores patrióticos”, entre los que se cuentan, no sin críticas, los defensores tardíos de la República Social Italiana.

La enorme cantidad de textos referidos al final de Mussolini se basa, en diversos grados, en estos presupuestos ideológicos. Y, para el historiador que busca certezas, la dificultad estriba en desenredar una madeja de contradicciones, procesos diferidos, falsedades evidentes, pero a veces también de testimonios que, por parecer tan sinceros, no pueden descartarse *a priori* solo porque desmienten la versión aceptada. Quizá me reprochen que haya rehabilitado a menudo algunas tesis consideradas “inverosímiles” por muchos autores reconocidos. Pecado mortal, si quien lo comete parece apartarse de lo “políticamente correcto”. Asumo ese riesgo.

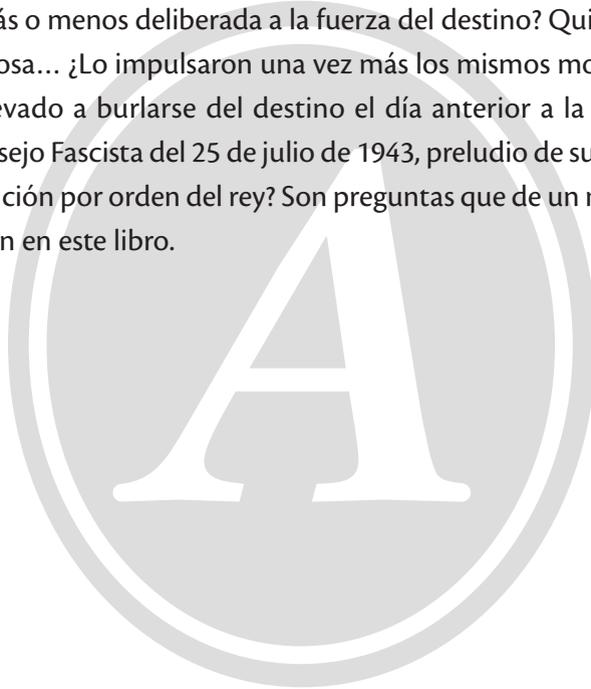
“La muerte no es lo más importante de la vida de Mussolini”, escribe Renzo De Felice. Y agrega: “Preguntarse si fue Fulano o Zutano quien apretó el gatillo revela una curiosidad inapropiada”. El historiador romano tendría razón si solo se tratara de la muerte de un hombre, incluso con un papel muy importante en la historia del siglo xx. Pero no debemos olvidar que, en forma paralela a la ejecución, tuvo lugar

un juego de fuerzas entre los actores de la Resistencia italiana. Además, y en primer lugar, el hecho de que la muerte no sea “lo más importante” de la vida de Mussolini no impide que el linchamiento de su cadáver y el de su compañera, el 29 de abril en Milán, sea un hecho muy perturbador para los italianos, en especial para quienes lo vivieron en directo. Sobre todo porque la imagen de la pareja colgada cabeza abajo en la reja de una estación de servicio remite en la memoria colectiva al espectáculo de miles de militantes fascistas –o supuestamente tales– a los que la multitud hizo sufrir el mismo destino inmediatamente después de la Liberación.

El lector que tenga la gentileza de seguirme por el camino que bordea la orilla oeste del lago de Como hasta Dongo, donde tuvo lugar el arresto del Duce, y luego por los diversos lugares de su brevísimo cautiverio, se preguntará tal vez si el drama pudo haber tenido un desenlace distinto. De hecho, Mussolini estuvo a punto de escapar de sus “protectores” alemanes, y luego de sus perseguidores, que habían partido de Milán, al enterarse de su detención, con el fin de eliminarlo. Dos veces fue detenido por el teniente SS Birzer cuando intentaba pasar a Suiza, junto con varios compañeros. En Dongo, en vez de fingir ebriedad en el fondo de su camión, habría podido ordenarle a su escolta fuertemente armada que abriera fuego contra los hombres de la 52ª Brigada Garibaldi. En la noche del 27 al 28 de abril existió por un breve momento la posibilidad de que fuera trasladado junto con su amante a la otra orilla del lago, donde se había preparado su evasión con la ayuda de los servicios secretos norteamericanos. Pero sobre todo, durante los pocos días que pasó en Milán, pudo haberse dirigido en forma clandestina, como se lo pidieron muchos miembros de su entorno, al aeródromo local y, desde allí, llegar a Suiza, Baviera o España. Esta última posibilidad se perdió por la obstinación del dirigente fascista en tomar el camino más peligroso, el de la orilla oeste,

y no la del este, más corta, que no estaba directamente amenazada por los guerrilleros y, sobre todo, era protegida por importantes fuerzas fascistas.

¿Por qué estas decisiones casi suicidas? ¿Era plenamente consciente Mussolini de los riesgos que corría? ¿Sentía tanta confianza en su “buena estrella” que imaginó poder llegar sin problemas a Valtelina o a Suiza? ¿Se trataba de un último desafío lanzado a sus adversarios? ¿O una sujeción más o menos deliberada a la fuerza del destino? Quizás un poco de cada cosa... ¿Lo impulsaron una vez más los mismos motivos que lo habían llevado a burlarse del destino el día anterior a la reunión del Gran Consejo Fascista del 25 de julio de 1943, preludio de su destitución y su detención por orden del rey? Son preguntas que de un modo u otro se insinúan en este libro.



PRÓLOGO

Tras su liberación por parte de un comando de paracaidistas alemanes, el 12 de septiembre de 1943, y su “visita” forzada al cuartel general del *Führer* en Rastenburg, Mussolini se vio obligado a formar un nuevo gobierno y a seguir luchando junto con el Reich. Lo hizo por orden expresa de Hitler y bajo la amenaza de que llevara a cabo, en represalia por la “traición” fascista, su proyecto de destrucción de varias ciudades italianas; entre ellas, Milán, Turín y Génova. En otras palabras, renunció a toda autonomía para convertirse en el dócil satélite del dirigente nazi y actuar como su auxiliar en la represión de la resistencia armada constituida desde el otoño de 1943 por los adversarios clandestinos del régimen destituido.

Fue así como, bajo la estrecha vigilancia del embajador alemán Rudolf Rahn y del general SS Karl Wolff, responsable de la seguridad de las tropas alemanas en Italia, se creó la República Social Italiana, la RSI, una réplica radicalizada del régimen fascista. Mussolini quiso que la palabra “fascista” desapareciera de la denominación oficial del nuevo régimen, y que el nuevo partido adoptara el nombre de “Partido Fascista Republicano”. En primer lugar, había que reunir un equipo de gobierno e instalarlo en un lugar relativamente protegido y con la venia de los alemanes, quienes desaconsejaron enfáticamente la ciudad de Roma, demasiado próxima a la línea del frente y blanco de

innumerables bombardeos aliados. Habían rechazado la propuesta del Duce de establecer la capital en Bolzano, Alto Adigio, o en una ciudad de Véneto, pues su objetivo era enfrentar las ambiciones hitlerianas en esas dos regiones. Finalmente, el jefe de la RSI debió aceptar trasladarse a Gargnano, una pequeña ciudad ribereña del lago de Garda, adonde llegó con su séquito el 10 de octubre de 1943.

EL MANIFIESTO DE VERONA

Al suprimir la monarquía y convocar a una Asamblea Constituyente, Mussolini pareció romper radicalmente con el pasado y volver a los principios revolucionarios que habían caracterizado al fascismo original. En el afán de sumar a su causa a todos aquellos, pertenecientes a las capas populares, que no se habían incorporado a las organizaciones marxistas, el Partido Fascista Republicano, reunido en un congreso en Verona en noviembre de 1943, publicó un manifiesto de dieciocho puntos que fijaba, en términos bastantes vagos, las bases de la “República Social”.

Ese texto, llamado a convertirse en la carta magna del nuevo régimen y escrito parcialmente por Mussolini, representaba una especie de pacto. Los otros dos redactores eran Pavolini, ex ministro de Cultura Popular (es decir, de propaganda), un duro elegido por el Duce como secretario del partido, y el viejo comunista arrepentido Nicola Bombacci. La puesta en marcha de ese programa que sus autores llamaban “anti-burgués” le fue encargada al partido, “ejército de combatientes y creyentes”. En el texto podía encontrarse la mixtura ideológica que había nutrido al primer fascismo: una mezcla de nacionalismo, populismo, socialismo libertario y mazzinismo. No fue más allá de las intenciones y no tuvo mayor impacto en las masas, sobre todo porque su publicación

coincidió con medidas tan impopulares como la reconstitución de la milicia y el restablecimiento de un ejército destinado a luchar contra los Aliados y contra los partisanos.

En el otoño de 1943 el principal enemigo del fascismo ya no era para Mussolini el socialismo sino el capitalismo o, más bien, la burguesía, a la que consideraba responsable del naufragio de Italia. Olvidando que el fascismo sólo había podido acceder al poder y mantenerse en él gracias a sus pactos con las clases dirigentes, los medios agrarios en primer lugar, y luego los medios de negocios, con la Corte y la jerarquía militar, creyó poder apoyarse en las clases populares para renovar su régimen. Ese era el sentido del decimoctavo y último punto del manifiesto de Verona: el partido no solo debía “ir hacia el pueblo”, sino que debía estar “con el pueblo”.

Ese retorno a las fuentes de la “ideología de los haces” (*fasci*) no era más que una ilusión. Aunque Mussolini intentara darle un contenido concreto al proyecto social presentado en Verona y creara un Ministerio de Economía Corporativa con la misión de “llevar a cabo a cualquier precio la socialización de la industria italiana”, no lograría convencer al mundo obrero de que estaba aplicando un programa que era el suyo desde siempre.

BAJO LA FÉRULA DE LOS ALEMANES

En Gargnano, el Duce vivía en una especie de burbuja. Alejado del mundo, privado de un poder que había ejercido en toda su plenitud durante veinte años, continuamente vigilado y acompañado en todos sus movimientos por un destacamento SS, tendía a replegarse sobre sí mismo y a rehuir sus responsabilidades, mientras se lamentaba ante sus allegados por ser ahora apenas un juguete en manos del

Führer y sus guardias: “Los alemanes me conservan como mascarón de proa –le confió a su secretario Dolfin–, pero la nave no tiene tripulación. [...] Ellos están siempre allí, como las manchas en la piel de un leopardo”.

Gracias al general SS Karl Wolff, Claretta Petacci, tras varias semanas de prisión en Novara, fue liberada el 17 de septiembre y se instaló en Gardone, a orillas del lago de Garda. No fue por pedido de Mussolini que el jefe de la policía alemana ordenó su liberación, sino como consecuencia de una intervención personal de Hitler. Por otra parte, no se sabe exactamente si se había disgustado porque su aliado abandonó a su amante después de que ella pasara tanto tiempo encarcelada por él, o si solo quiso disponer de un medio de presión suplementario sobre el jefe de la RSI.

De todos modos, resultó una precaución completamente inútil, si se tiene en cuenta el estado de deterioro físico y moral en el que se encontraba Mussolini. Dolfin, que lo veía en forma cotidiana, lo describió sentado ante un modesto escritorio, leyendo algunas cartas que había sacado de un cartapacio:

Durante algunos minutos, pareció no advertir mi presencia. [...] Inmóvil, esperé sus órdenes. Observé que su chaleco estaba abierto y había aflojado el cinturón del pantalón. Seguramente sentía fuertes dolores. Con la mano izquierda se apretaba el estómago. Se veía inquieto y nervioso. Llevaba anteojos de montura negra, con patillas largas. Lo hacían parecer más viejo y le daban un aspecto aún más cansado.

Su mentor germano no era mucho más vigoroso –es lo menos que se puede decir–, pero no tenía los mismos motivos que su colega fascista para desesperar de la situación militar. El territorio del Reich

estaba intacto. El oeste y el centro de Europa seguían bajo la dominación alemana, y la ofensiva aliada en el sur de Italia permaneció bloqueada por la línea Gustav, entre Nápoles y Roma, hasta la primavera de 1944. De ese modo, Hitler pensaba controlar a la coalición ruso-anglo-norteamericana hasta el momento en que las armas “terro-ríficas” que preparaban sus ingenieros y sus científicos le permitieran revertir el curso de la guerra.

A medida que pasaban los días, se afirmaba más la dependencia de la República Social y de su “guía virtual” con respecto a los alemanes. A fines de 1943, Mussolini debió reconocer la anexión por parte del Reich de la Venecia Tridentina y la Venecia Julia. En enero de 1944, sometido a la presión conjunta de los elementos extremistas del Partido Fascista Republicano y de varios dirigentes nazis, entre ellos el *Führer* en persona, permitió que un tribunal especial reunido en Verona condenara a muerte a su yerno Ciano, así como a cuatro de los conjurados del Gran Consejo, De Bono, Marinelli, Pareschi y Gottardi, fusilados por la espalda. Esa ejecución, tras una parodia de proceso, afectó al Duce, sobre todo porque le había perdonado íntimamente a Ciano su alianza con los verdaderos culpables del 25 de julio: Grandi, Bottail y sus seguidores. Hubiera querido que algún hecho externo le permitiera salvar la vida del esposo de su hija Edda. Pero tenía tanto miedo de contradecir a Hitler que no hizo nada por modificar la sentencia.

En marzo de 1944, el embajador Rahn le comunicó a Hitler el deseo de Mussolini de encontrarse con él para alcanzar una mayor autonomía en sus relaciones con su aliado alemán. La entrevista tuvo lugar el 22 de abril en Salzburgo y, por una vez, el *Führer* le permitió a su interlocutor exponer sus demandas en un largo alegato en alemán que el Duce había preparado como un alumno aplicado. Pero debió conformarse con vagas promesas concernientes a la formación de un ejército italiano, cuyo efectivo potencial calculaba en ocho a diez

divisiones. En realidad, Hitler no tenía ninguna intención de equipar de la cabeza a los pies a una fuerza de esa dimensión, sobre todo porque sentía un absoluto desprecio por las virtudes guerreras de sus aliados latinos. Las consignas transmitidas a Rahn no dejaban la menor duda al respecto:

El *Führer* considera que el embajador Rahn no debe, bajo ningún pretexto, dejarse atrapar por el espejismo italiano y caer en los mismos errores que sus predecesores. Se ha demostrado en forma más que suficiente que las tropas italianas no son utilizables. Solo son capaces de demostraciones ruidosas que intoxican a la población. No podemos pensar, ni nosotros ni nuestros aliados, en una fuerza armada italiana digna de confianza y combativa.

A esto se sumó un comentario atribuido al mariscal Keitel: “El único ejército italiano que no traiciona es el que no existe”.

Por eso, las cuatro divisiones que los alemanes finalmente aceptaron formar y entrenar en el territorio del Reich se mantuvieron en la más absoluta inactividad, y los soldados, desmoralizados y reacios a cumplir tareas de mantenimiento del orden, empezaron a desertar. A fines de 1944 esas divisiones habían perdido la cuarta parte de sus efectivos, sin que el *Führer* se mostrara particularmente preocupado por esa defección masiva. De hecho, los alemanes siempre prefirieron reclutar a los italianos como trabajadores para las fábricas del Reich antes que como soldados.

El ejército regular era tan poco confiable que casi no se usó en la lucha contra los guerrilleros. Se prefirió encargar esa misión a la milicia, aumentada con lo que subsistía del cuerpo de carabineros, y transformada en Guardia Nacional Republicana, y también a las

“brigadas negras”, de las que debían formar parte, en principio, “todos los afiliados al Partido Fascista Republicano de dieciocho a sesenta años que no pertenecieran a las demás fuerzas auxiliares”, es decir, un poco más de 100.000 hombres, bajo el mando directo de Alessandro Pavolini.

LA GUERRA CIVIL

Hasta el final del siglo xx, la versión oficial difundió ampliamente el mito de una Italia que en su enorme mayoría se había alzado contra el ocupante y contra un puñado de fascistas irreductibles a sueldo de los nazis. Un mito que, en muchos sentidos, sirvió como fundamento de la democracia italiana. En realidad, durante casi dos años, Italia fue escenario de una “guerra civil” en la que se enfrentaron dos minorías ferozmente decididas a destruirse una a la otra. De un lado, los partisanos que luchaban no solo para liberar a su país de los alemanes y del fascismo, sino también para promover una transformación radical de la sociedad italiana. Del otro, los combatientes que eligieron el bando de la República Social por fidelidad al régimen caído y a su jefe. Entre ambos, se encontraba la gran masa de italianos que esperaban, desamparados y afectados por los problemas de la vida cotidiana.

Esto significa que los soldados y las fuerzas policiales de la República Social se dedicaron fundamentalmente a combatir al “enemigo interior”. Movilizados por el partido, los hombres de Ricci –jefe de la Guardia Nacional Republicana– y de Pavolini salieron a cazar partisanos y judíos, a sembrar el terror en las zonas disputadas a la Resistencia, a competir en atrocidades con los SS en las operaciones de represalias dirigidas contra las poblaciones civiles y a ayudar en muchos casos a la Gestapo.

¿Qué parte de responsabilidad tuvo Mussolini en toda esa violencia? En las represalias del ejército alemán, ya sea la masacre de las Fosas Ardeatinas en Roma, en marzo de 1944,¹ o las perpetradas algunos meses más tarde en Stazzema y Marzabotto –donde gran parte de su población, incluyendo mujeres y niños, fue exterminada en septiembre de 1944–, fue casi inexistente. Kesselring, en obediencia a las consignas del *Führer*, fue el único instigador de esas atrocidades. Sin embargo, el Duce tenía conocimiento de ello y no hizo nada por detener a sus aliados. Por otra parte, en Roma, fueron los servicios de la policía fascista los que ayudaron al SS Kappler a confeccionar la lista de los rehenes. Más importante fue el papel desempeñado por el dictador en la acción que llevaron a cabo contra los resistentes las milicias y las policías paralelas. Estas dependían en su mayoría de Pavolini y de Ricci: dos hombres a los que Mussolini veía todos los días y que, aunque tenían mucha autonomía, solo podían actuar con su plena conformidad.² ¿No le había pedido acaso a Graziani, en junio de 1944, que colaborara con el ejército regular en la persecución de los “fuera de la ley”? “La organización del movimiento contra el bandidismo –declaró en esa oportunidad– debe ser tan eficiente como para impactar psicológicamente en la gente y despertar el entusiasmo en

1 Tras un atentado con una bomba, ejecutado por los partisanos del GAP (Gruppi d'Azione Partigiani), 335 rehenes, de los cuales 77 eran judíos a punto de ser deportados a los campos de exterminio, fueron fríamente asesinados por los SS de Herbert Kappler. Entre ellos figuraba el teniente Erich Priebke, que después de la guerra huyó a la Argentina, donde vivió durante más de medio siglo. Descubierto, denunciado y deportado a Italia, fue juzgado y condenado a cadena perpetua por su participación en la masacre de las Fosas Ardeatinas.

2 Dos unidades escaparon al poder del partido sobre las fuerzas que estaban bajo el mando de Ricci y Pavolini: la Decima Flottiglia MAS del príncipe Junio Valerio Borghese y la legión autónoma Ettore Muti, con base en Milán.

nuestras filas unificadas. Debe ser la marcha de la República Social contra la Vendée”.

ÚLTIMO ENCUENTRO CON EL FÜHRER

En 1944 Mussolini disfrutó de un alivio en la declinación física y moral que sufría desde el comienzo de la guerra. Sin embargo, las noticias que llegaban de los diversos frentes no eran alentadoras. Roma había caído el 4 de junio, dos días antes del desembarco de los Aliados en Normandía. Tres meses más tarde, liberaron Florencia, mientras que en el Este los rusos prácticamente habían hecho retroceder a los alemanes hasta su línea de partida e iniciaron la conquista de los Balcanes y de Polonia. No obstante, el Duce se sentía mejor. Había recuperado peso. Sus cólicos gástricos eran menos frecuentes y menos dolorosos, al parecer gracias a los cuidados del doctor Zachariae, un médico alemán que le había enviado Hitler.

Mussolini tenía más necesidad de hablar que de atiborrarse de medicamentos. En julio, viajó a Alemania para volver a reunirse con el *Führer*. Cuando llegó, el 20 de ese mes, a Rastenburg, Hitler acababa de escapar a un atentado con una bomba, cuyo organizador había sido el coronel Claus von Stauffenberg. Fue al encuentro de su aliado, acompañado por Ribbentrop, Himmler, Dönitz, Keitel y Bormann, y le contó que habían hecho explotar cerca de él una “máquina infernal”. Mussolini, que tantas veces se había sentido en una posición de inferioridad ante su anfitrión, experimentó al mismo tiempo un sentimiento de compasión por él, de temor por la repentina revelación de la vulnerabilidad del poder hitleriano y cierta alegría interior. Como le manifestó más tarde a Barracu, subsecretario de la presidencia, le reconfortó verificar que él no era el único dictador “rodeado de traidores”. También sintió la satisfacción de hablar con un interlocutor atento a los pedidos de su

aliado de repatriar algunas divisiones fascistas estacionadas en Alemania y a la situación de los militares italianos que habían quedado en zonas ocupadas por la Wehrmacht tras el armisticio del 8 de septiembre.

Muy pronto, al regresar a Gargnano, Mussolini pudo comprobar que Kesselring no tenía la menor intención de acceder a sus pedidos, en especial al traslado y el empleo de las cuatro divisiones italianas retenidas en territorio del Reich. Solo dos consiguieron ser repatriadas a Italia del Norte, para constituir con tres divisiones alemanas una unidad del ejército bajo el mando de Graziani. Pero no se las envió a combatir a los Aliados a la "línea gótica". El grupo de ejército Liguria tendría como única misión cazar partisanos en los valles alpinos y organizar acciones de contraguerilla urbana.

Aunque Mussolini protestó ante el alto mando alemán, no obtuvo satisfacción ni pudo convencer a los jefes de la Wehrmacht y de la SS de no ejercer represalias sangrientas cuyo único efecto sería que las poblaciones civiles se alzarán contra el antiguo aliado convertido en ocupante y torturador, según le explicó a Rahn: "Es necesario darles a los veintidós millones de italianos del valle del Po la impresión de que existe una República, un gobierno, que ese gobierno es considerado un aliado y que su territorio no es un simple botín de guerra".

El inminente final de la guerra, cuyo resultado parecía cada día menos favorable a Hitler, incitó al Duce a tomar distancia de los alemanes. Pensó que de ese modo podría moderar la actitud de los Aliados hacia los dirigentes de la RSI y hacia sí mismo. Mientras que prácticamente no había reaccionado frente a la masacre de las Fosas Ardeatinas, empezó a mostrarse ahora más virulento en sus protestas contra las autoridades alemanas después de cada ejecución de rehenes; por ejemplo, cuando un destacamento de la brigada Ettore Muti fusiló en agosto de 1944, en Milán, por orden de las SS, a quince detenidos políticos, que luego fueron exhibidos en la plaza Loreto, en el mismo lugar en que partisanos

comunistas habían hecho explotar un camión de la Wehrmacht con todos sus ocupantes. Puros gestos verbales, cuyo único efecto fue molestar a los alemanes, sin lograr la adhesión de las poblaciones civiles a la República Social ni a su jefe.

